

## EL ASCENSOR

Cuando el ascensor cerró sus puertas en la decimoprimer planta de calle Balmes con sus seis pasajeros, entre los que me incluía, un palpito aceleró mi corazón y una sensación de vértigo recorrió mi cuerpo, no sé si de arriba abajo, o de abajo arriba. No fue un “dejà vu”, sino una certeza que algo iba a ocurrir. Tampoco ayudó mucho el fuerte chasquido de engranajes oxidados, con su largo lamento de dos segundos, como cerdo degollándolo en la mesa del matarife. Las sensaciones se convirtieron en certeza cuando el elevador descendió nueve metros seguidos, y la angustia era un inmenso agujero en el estómago, y el vientre formaba parte de la laringe, en un desierto situacional donde nada estaba donde había de estar, ni en el cuerpo ni tampoco el ascensor, que de la undécima pasó a la séptima planta, y allí se paró, entre medio de dos, jadeando en un balanceo que a los ocupantes nos pareció agónico. Todos palpamos las paredes, buscando inútilmente un asidero donde agarrarnos, o esperando encontrar algún mecanismo secreto de donde surgiese el botón automático que retornase todo a la normalidad. Pero no, éstos no existían.

Hasta aquel momento no reparé en quienes éramos los compañeros de viaje: una mujer de unos cincuenta años, una chica de unos diecisiete (deduje que debían ser madre e hija por su gran parecido físico, aunque lo que realmente fue determinante fue cuando la menor se puso a gritarle diciéndole “¡mamá, vamos a morir!”), un mensajero (la chaqueta de MRW lo delataba), un ingeniero (o de conocimientos similares porque rápidamente nos aleccionó sobre la seguridad de esos aparatos, dando sensación que sobre ese particular había cursado, como poco, un postgrado), un señor correctamente vestido con traje y que portaba consigo un maletín, y un servidor.

Tras tres segundos de parada, el ascensor descendió una planta más, de golpe.

Alguien había de tomar el mando, y el “ingeniero” así lo hizo (concluí que debía ser gerente en algún gabinete de ingeniería), y en un alarde de serenidad, apretó el botón de alarma del ascensor el primero, y lo mantuvo así durante unos segundos, mientras un timbre a modo de viejo despertador de los que ya solamente se encuentran en establecimientos caducos o de moda “revival” retumbaba en la caja. Un letrero nos tranquilizaba con la indicación de la conexión telefónica de la alarma con un operador de emergencia, y así habíamos de confiar porque, la verdad, ninguna voz nos sacó de la duda sobre si el chisme en cuestión había tele transportado nuestra señal de auxilio fuera de aquella cabina. Se insistió apretando el timbre, y no solamente por parte del ingeniero, sino que todo el mundo hizo lo mismo (algunos a la vez), como intentando transmitir una fuerza o una energía que hiciese llegar nuestra petición de socorro fuera de aquella arca metálica. Todos sacamos nuestros teléfonos móviles de nuestros bolsillos (el señor elegante sacó incluso dos y un IPAD). Inútil: no había cobertura.

El ascensor gimió de nuevo en su lamento peregrino, y el pánico de nuevo se apoderó de todos nosotros.

Solo mantuvo la serenidad el señor elegante, quien, raudo y veloz, abrió su maletín, se presentó como agente del magno y nunca bien ponderado Grup Santasusana (prestigiosa y hercúlea correduría de seguros, donde las haya), y, dándonos velozmente unas tarjetas que acreditaba su condición, nos aconsejó, al momento, suscribir unas pólizas de seguro de vida y otras de deceso, y, a mi sugerencia, otra de salud, porque, la verdad, la esperanza es lo último que se pierde.